

Premio Cátedra Jorge Alonso 2017

Presentación por: **Jorge Alonso Sánchez**

El jurado interinstitucional de premiación de tesis de doctorado en las temáticas de la cátedra Jorge Alonso recibió investigaciones que habían realizado su trabajo de campo en varios países latinoamericanos. La mayoría versaba sobre México, pero también se estudiaban casos de Colombia, Ecuador y Chile. Las tesis versaban sobre el espacio y la lucha por territorio de pueblos originarios en contra de consorcios capitalistas, la bicolonialidad de conocimientos tradicionales, la estratificación de clase y crisis de movimientos indígenas, la expresión de activistas en Internet buscando un mundo mejor, los retos de la docencia en torno a la diversidad cultural, y la lucha contra la minería en la sierra Juárez de Oaxaca. El jurado se reunió en muchas ocasiones, discutió y después de largos debates decidió otorgarle el premio a la tesis titulada *Recordar y olvidar la minería en la tradición de lucha por lo común en la sierra de Juárez Oaxaca: Capulálpam de Méndez y Natividad*. Esta tesis se defendió en el Doctorado en Sociología de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Como ha sido su costumbre, el jurado condicionó la publicación a que la autora hiciera una serie de modificaciones, las cuales fueron puntualmente atendidas. Además del correspondiente reconocimiento, el premio consiste precisamente en la publicación de un libro que ahora lleva el título *De relámpagos y recuerdos... Minería y tradición de lucha serrana por lo común*. La autora es Elia Méndez García. Aunque nació en la Ciudad de México en la década de los setenta, ahora se encuentra radicada en Oaxaca. Sus estudios de licenciatura los hizo en la UNAM en Lengua y Literatura Hispánicas. Su tesis trató el principio del placer en José Emilio Pacheco, y obtuvo una mención honorífica. Se fue becada a Madrid por la Agencia española de Cooperación Internacional a inicios de este siglo. Hizo una maestría en la BUAP en Lingüística aplicada, y volvió a obtener mención honorífica. Su trabajo de campo lo hizo en Oaxaca en torno a la corrección de errores por parte de profesores de español. Hizo un diplomado en la Escuela Superior de Física y Matemáticas en el Instituto Politécnico Nacional sobre la formación docente para un nuevo modelo educativo. En el IPN también tomó cursos de cómputo y administración. Ha sido docente en el IPN, en la Universidad Pedagógica Nacional y en la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.

En el IPN fue jefa de Departamento de actualización y capacitación de docentes. En el Centro Interdisciplinario de Investigación para el Desarrollo Integral Regional del IPN en Oaxaca fue jefa de Departamento de Posgrado. Después fue Subdirectora de Servicios Educativos e Integración Social. Su adscripción actual se encuentra en este centro del IPN en donde ha participado en una docena de investigaciones. Ha publicado seis artículos y dos libros.

En la investigación de sus tesis doctoral se enfrentó a la división de un pueblo que tiene largas raíces, porque los que defendían a los hacendados, ahora están del lado de la mina; y los que lucharon por la repartición de tierras encuentran ahora luchando contra

la mina. A lo largo del proceso de estudio fue comprendiendo que lo vivido emerge armonizando razón con sentimiento y produciendo experiencias y sentido. Profundizó en el acto epistémico que posibilita comprender lo que está ocurriendo. Ha destacado que recordar está en el lenguaje, en articulación de la historia y en la acción de los sujetos hoy en día. Se rebela contra la positividad de la historia consagrada desde el poder. Descubrió la potencia de recordar, ese pasar por el corazón, que produce nuevos conocimientos y abre a posibilidades. Se distancia de lo que se nombra como memoria y es una reificación; pero acepta esa memoria que emplean los sujetos en lucha. Fue rastreando los recuerdos encarnados en la defensa de los medios de existencia y reproducción social de la vida comunitaria. Trata el olvido como un mecanismo violento desde el poder que busca borrar creencias y deseos de los pueblos. Destaca que el lenguaje es un campo de lucha. Defiende que recordar y olvidar no son antónimos, sino que se implican mutuamente. Parte del presente para ir al pasado, advirtiendo que no está concluido, precisamente por la potencia de recordar. Cuenta historias que se actualizan en formas subversivas, enfatizando la relación entre personas y el entorno natural. Los recuerdos vivos de la gente común la llevaron a escuchar historias que vinculan la razón con la emoción y que la conducen a un no tiempo donde los saberes se actualizan y se abren a nuevos saberes.

Gustavo Esteva le hizo el texto de la contraportada donde recomienda adoptar las precauciones de la autora de quien nos dice que sólo una sensibilidad conscientemente femenina, inspirada a veces por curiosidad gatuna, pudo realizar esta tarea sin perder rigor de la mirada técnica. Destaca que este libro dice del extractivismo minero algo más de lo que todos sabemos. Apunta que la autora supo explicar cómo la memoria y el recuerdo son procedimientos diferentes. Alaba que el libro está escrito con gusto por la palabra, y que nos permite una percepción más profunda y sagaz de lo que siempre ha estado ahí pero no nos atrevíamos a ver. Su directora de tesis, la Dra. Raquel Gutiérrez Aguilar, escribió el prólogo. Nos dice que la autora es una lúcida y voraz lectora, que debatió lo leído y lo investigado para ofrecer un resultado con profundidad y claridad. Al rastrear recuerdos y olvidos en el flujo de insubordinaciones, encontró hilos de esperanza y aperturas de posibilidades vitales y políticas de lucha siempre en tensión. Confiesa que la reflexión de Elia le permitió comprender la pregunta que se hacen comunidades bolivianas en cuanto a cómo pasó lo que hoy les ocurre, poniendo en círculo corazón y razón por medio de la palabra compartida lo cual derriba mediaciones impuestas en discursos ajenos. Una lectura cuidadosa de este libro, nos advierte Raquel, nos puede conducir a reflexionar los propios recuerdos y olvidos partiendo de uno mismo, pero tejiendo con otros. Cuando se han arremetido los múltiples despojos del capitalismo y sus poderes políticos contra los pueblos, y en especial con las extensas concesiones mineras en territorio mexicano, un libro como éste adquiere una relevancia especial. La cátedra se alegra de poder empezar a difundir esta publicación por su naturaleza y alcances, y felicita a su autora por este premio.

Jorge Alonso

De Relámpagos y recuerdos. Minería y tradición de lucha serrana por lo común

Elia María del Carmen Méndez García

Agradezco profundamente al Dr. Jorge Alonso, a la Cátedra que lleva su nombre, al CIESAS Occidente, a la Universidad de Guadalajara, a los miembros del jurado que evaluaron mi trabajo. A todos ellos, les agradezco sinceramente este reconocimiento.

Quiero expresar mi gratitud a Raquel Gutiérrez Aguilar, mi directora de tesis, por su solidaridad permanente en el acompañamiento en estos años del doctorado, por compartir generosamente su experiencia militante y reflexiva. A mis profesores, John Holloway y Sergio Tischler, y a mis amigos, Gustavo Esteva y Jaime Martínez Luna, de quienes aprendí no solo teorías agudas, sino la sensibilidad con la que se produce un conocimiento *con* la gente y no *sobre* la gente.

Agradezco al Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla porque tuve la oportunidad de formarme en los Seminarios de Investigación Permanente: Entramados Comunitarios y Formas de lo Político, y Subjetividad y Teoría Crítica, lugares donde a través del circular de la palabra, conjuramos a la inteligencia colectiva que iluminó nuestras preguntas y reflexiones.

De corazón agradezco a mis padres, a mis hijas adoptivas, a mis hermanos, que responsablemente asumen el cuidado de nuestros padres ancianos; en especial a mujeres valiosísimas como Tere, Ceci y Rosario, que acuden a cada llamado para compartir el trabajo invisible de los cuidados de la vida, el despreciado, pero valiosísimo trabajo doméstico, sin las cuales habría sido más complicado realizar esta investigación.

Los recuerdos que conforman este trabajo, ante todo, se deben a la fidelidad obligada a todas las personas que me compartieron sus palabras vivas, sus palabras aladas. Entiendo por fidelidad no el apego ciego a la repetición de datos objetivos, sino la emergencia de los sentidos vernáculos, que me embistieron, una y otra vez, y que me ponen frente al reto de compartirlos. Me comprometen aún más las palabras de quienes hoy ya no están en cuerpo: Doña Pilar, Don Aniceto y Don Venus, gambusinos, mineros y comerciante, gente de Capulálpam de Méndez y de Natividad, a quienes tuve la fortuna de conocer, platicar, reír y construir nuestras propias y singulares complicidades. Me comprometen las voces que escuché de los mineros y comuneros de la Sierra Juárez, que vivieron hace muchos años; cuya experiencia revivió en los archivos y en los libros, donde están sus palabras, que iluminaron mis preguntas. A todos ellos, muchas gracias.

El tema de *De Relámpagos y recuerdos. Minería y tradición de lucha serrana por lo común*, me encontró, me eligió una noche en el lugar que ocupó la tienda de raya de la Hacienda de San José del Progreso, en Ocotlán, Oaxaca. Ahí se reunían los compañeros que luchaban contra la minería. Este fue mi punto de partida. Ingenuamente iba a indagar sobre las formas organizativas del movimiento, pero el recuerdo de un compañero, que directamente no era el “entrevistado”, superó y desbordó mis pretensiones:

...yo me acuerdo de unas historias que platicaban mi padre y mi abuelo... por ahí está un arbolito en el que se defendió mi jefe, en esa ocasión mataron a 16... platicaban que fue un 17 o 27 de junio y estaba un aguacero, entonces quien apoyaba al hacendado, apoya ahora a la mina, entonces desde ahí viene. Por eso yo estoy aquí, luchando por las tierras por las que murió mi padre y ¡no se las voy a dejar a la mina!

El impacto de este recuerdo conmocionó a todos los compañeros aquella noche. Fue el relámpago que describe Walter Benjamin en su tesis de la historia VI: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo 'tal como fue en concreto', sino más bien adueñarse de un recuerdo semejante al que brilla en un instante de peligro...” El peligro ya estaba en marcha, la comunidad ya vivía los estragos de la minería: falta de agua, explosiones que cuarteaban sus paredes. El compañero en lucha comparte su recuerdo que no sólo alude al porqué lucha, a un argumento racional, sino que está intrínsecamente ligado a sus sentimientos, a recordar la muerte de su padre, re-vive el dolor, pero también da lugar a la reflexión para dotar de sentido a aquella vivencia. Por esto, recurro a la etimología de recordar, que proviene del prefijo latino *re-* volver y de *cor cordis*, corazón, es decir, volver a pasar por el corazón; volver a pasar por el recuerdo de la pérdida del padre y desde ahí producir un sentido.

El relámpago, en un instante, ilumina lo que la oscuridad de la tormenta impedía ver. Explica el sentido no sólo personal de la lucha: defender las tierras por las que murió su padre; sino también la producción de un conocimiento colectivo: comprender el porqué de la división del pueblo: entre los que apoyaban al hacendado, cuyos descendientes son los que ahora apoyan a la minera; y los hijos de quienes, como su padre, que lucharon contra el hacendado para que se fuera y se repartieran las tierras después de la Revolución; son quienes ahora están en contra de la minera.

Este es un ejercicio de la organización de la experiencia, es decir, lo vivido emerge armonizando razón y sentimiento, y produce sentido, produce experiencia; es un acto epistémico, que permite comprender lo que hoy ocurre. Además, recordar está en el lenguaje en la enunciación de aquella historia, pero también en los actos: el compañero milita en el movimiento que está ahora resistiendo a la minera: asiste a las reuniones, a las asambleas, a las manifestaciones.

La potencia de este recuerdo cuestiona la positividad de la historia consagrada desde el poder, que implica una forma de la imposición de olvido, imposición del olvido histórico. La potencia de recordar rebasa la objetividad pretendida del hecho histórico

por el sentido que el hecho mismo produce en el sujeto que lo vive. No importa si fue un 17 o un 27 de junio, lo que importa realmente es el sentido que produce sobre la muerte del padre: luchar por las tierras. Estas luchas no quedaron en el pasado, no han sido olvidadas de acuerdo al mandato del capital; sino que están en el presente, se actualizan en la lucha hoy en contra de la minería. Por ello, escuchamos en muchos movimientos y resistencias señalar contundentemente: “Los muertos luchan”. Nuestros muertos siguen luchando. Hablan en nuestros recuerdos; nos animan a retejer la lucha, a retejernos para vivir.

A partir de aquella experiencia, centré el análisis en la lucha contra la minería de Capulálpam de Méndez, que se sostiene, como la comunidad misma lo dice: en su “memoria histórica.” Sin embargo, a tres curvas de Capulálpam está Natividad, un Municipio que se formó por los primeros trabajadores que se asentaron cerca de las instalaciones de la mina La Natividad y Anexas, en territorio que perteneció a Capulálpam en tiempos de la Colonia. Tras el cierre de la mina, Natividad insiste en su deseo en que la minera vuelva a abrir para trabajar el mineral y traer nuevamente la prosperidad y la bonanza perdidas. Aquí es donde surgen las preguntas centrales de este trabajo: ¿Cómo entender las posturas sobre la minería: Capulálpam en contra y Natividad a favor? ¿Cómo se construyen los recuerdos sobre la minería en cada uno de estos pueblos?

En las historias que escuché en la Sierra, advertí que los recuerdos de las luchas forestales de los años 80 por la recuperación de los bosques están muy presentes y que son una fuente de inspiración para animar la lucha contra la minería. Por ello, propongo la tradición de lucha serrana por lo común como un intento explicativo que rastrea en los recuerdos encarnados de las personas de la Sierra Juárez, su experiencia común en el constante enfrentamiento para defender los medios de existencia que posibilitan la reproducción social de la vida comunitaria; recuerdos que emergen en las palabras y en las acciones concretas, y que vinculan un ejercicio intelectual y sensible, tan potente que mantiene también en lucha la posibilidad de seguir intercambiando no información, sino experiencia, donde se organiza la vivencia y se le dota de sentido; con lo cual abre paso a la escritura de otra historia que busca el sentido de las vidas vividas de la gente común, en que se gestan e inspiran formas de vida alternativas al capital, no exentas de tensión.

Pienso el olvido como un mecanismo violento desde el poder que busca borrar las raíces, las creencias y los deseos de los pueblos; intenta dirigir nuestros deseos hacia el horizonte de la forma dinero y consumo, tan benéficos para el mercado. Procura que olvidemos las historias propias, sus actores, ideas y luchas, en beneficio de la dominación. Las tensiones entre olvidar y recordar se manifiestan también en la lengua, en los discursos fabricados por la dominación capitalista para imponer su mirada sobre la realidad, pero en la lengua también se expresan las historias, los recuerdos, las anécdotas de los sujetos que luchan. Por ello, insisto en que el lenguaje es un campo de lucha. Al nombrar la realidad, está en lucha el sentido de las palabras: entre el que los

sujetos quieren expresar y compartir desde su vida comunitaria concreta y situada, y un lenguaje impuesto y plagado de términos vacíos, asépticos, clave: encubridores del capital.

Sólo les comparto una historia de las muchas que escuché en la Sierra y que hora están en mi texto. Don Aniceto López, minero reconocido por su capacidad para encontrar la veta de oro, recuerda:

Los administradores con la policía entraban a las casas de los empleados de la minera a buscar metal que se hubieran robado. Si lo encontraban, los corrían sin miramientos... eso era injusto, los trabajadores no se merecían ese trato; que robo, realmente, era lo que hacía la empresa: llevarse el oro y la plata fuera de la comunidad... los que se dicen dueños de la mina no son gente de aquí, sino de fuera, ellos son los verdaderos ladrones. Además, con el trabajo de la gente, y con el oro del suelo de Capulálpam, se hinchaban de dinero...

Esta historia re-significa el robo. La potencia de este recuerdo rechaza que robar sea simplemente tomar lo ajeno: el mineral de la empresa. En este recuerdo, que organiza la experiencia de aquellos abusos, surge la luz que exhibe el robo encubierto, naturalizado en el despojo de una empresa solo porque ostenta una concesión minera otorgada por el gobierno federal. La tierra y sus minerales son de la gente que habita ese suelo, no de los extraños que llegan a saquear su riqueza.

Benjamin estaba preocupado por el agotamiento de la capacidad del narrador; veía con pesimismo extinguirse la capacidad más segura entre las seguras: la capacidad de compartir experiencias. Hoy respondería a Benjamin que en la Sierra Juárez, en los recuerdos vivos de la gente común, aún se escuchan historias, que vinculan la razón y la emoción, donde se producen saberes, que nos orientan en medio de la tormenta capitalista, es decir, historias que causan sorpresa y reflexión, y que nos inspiran hoy para crear nuevas sendas de lucha y de vida en nuestros propios suelos.

¡Muchas gracias!

Guadalajara, Jal. 16 de noviembre de 2016